

clima los buenos resultados operados en su salud, y apoyó su idea.

—Ya ves si hacías mal en resistirte, hija mía, a este viaje dispuesto por el entendido doctor Willey.

—¡Qué quiere usted! ¡Me gustan tanto el retiro y la soledad!

—Retiro y soledad que te mataban; pero aquí es preciso que hagas ejercicio, que te distraigas, y para empezar, iremos dentro de un instante al Molino de Flores.

—Cuando usted guste, padre mío.

—Voy a ver si está dispuesta Inés, a ordenar que esté listo el coche. Adiós, hija mía, no tardo en volver.

Y don Emilio, después de acariciar una de las manos de la joven entre las suyas, salió de la sala para dar sus órdenes de marcha.

Clotilde agradecía con todas las veras de su alma todo aquello que se hacía únicamente por ella, por distraerla, por volverle la salud, y sólo por corresponder a las pruebas de cariño de su protector, se prestaba a abandonar su soledad y su retiro.

Era un sacrificio el que hacía; pero aquel sacrificio era el único precio con que podía pagar la deuda de tantos cuidados y favores como le habían dispensado desde la infancia.

Media hora después de haber salido don Emilio a dar sus órdenes para el viaje, todo estaba dispuesto, y el coche, tirado por cuatro caballos, estaba esperando en la puerta de la calle.

Una criada entró a decir a Clotilde que la esperaban, y la joven, encargando el cuidado de la tierna avecilla en que veía la manifestación de Leopoldo en su ausencia, y después de acariciarla conmovida, salió tristemente, enviándole desde la puerta su última mirada.

Pasado un instante, Inés y la hermosa Clotilde entraban en el carruaje.

Don Emilio, Duval, el doctor Willey y algunos criados, montados en briosos corceles, se colocaron detrás del coche para custodiarlo.

Poco después, el carruaje partió hacia el Molino de Flores, seguido de las personas que dejamos indicadas.

CAPITULO XXII

El Molino de Flores

A distancia de legua y media de la ciudad de Texcoco, rica en históricos recuerdos y émula digna de la antigua Atenas, en medio de alegres y pintorescas colinas, que parecen desvanecerse en el horizonte dulce y suavemente, proyectando caprichosas y flotantes nubes de brillante esmeralda, se encuentra reclinado, a la sombra de copudos y elevados fresnos, como una amorosa tímida gacela que busca en la verde espesura de los bosques su reposo, el risueño y poético Molino de Flores, encerrado en un círculo de grama y de verdura, como un ramillete de fragantes rosas en una elegante taza de Persia, esmaltada de oro y de exquisitas perlas.

Hasta no hallarse próximo a este delicioso punto, nada indica a los viajeros la existencia de las bellezas naturales que atesora; pero cuando la distancia es menos larga, se presentan a la vista como brotadas del fondo de la tierra, las blancas azoteas del molino, cuyo edificio parece elevarse al cielo, a medida que el viajero avanza, llevando debajo un campo de árboles y flores, como un inmenso globo se eleva suavemente sosteniendo en su base la elegante canastilla en que marcha el atrevido aeronauta.

Inés y Clotilde asomaron la cabeza por la portezuela del coche para poder admirar el bellissimo panorama que se describía a su vista.

Poco después, atravesaron un ligero río; dejaron a la izquierda un bosque, y pasado un breve tiempo, penetraban en el largo y espacioso patio del edificio del Molino.

Don Emilio desmontó del caballo, y lo mismo hicieron Duval y Willey entregando los corceles a los criados.

Clotilde, temiendo que alguno de los dos últimos le ofreciese el brazo, suplicó a Inés que bajase del coche antes de que se acercaran, y apoyándose en su brazo, echó a andar, lenta y débilmente, hacia los jardines de aquella poética mansión.

La joven y cuantos la acompañaban, quedaron absortos de admiración ante el magnífico y sorprendente espectáculo que presentaba allí la fecunda naturaleza.

Y tenían razón para maravillarse.

El espectáculo no podía ser más agradable ni más sublime.

En medio de risueñas y poéticas colinas, engalanadas de brillantes flores, gigantescos árboles, verdes arbustos y silvestres plantas, se encontraba el pintoresco Molino de Flores, como un oasis escondido en medio del desierto.

Por en medio de la grata superficie que se extiende como matizada alfombra de colores, por el desigual, pero exuberante suelo que embalsama con sus hierbas aromáticas el agradable ambiente, se desliza espumoso y transparente, con armónico murmullo, un abundante y bellissimo torrente que, cayendo en una de las más risueñas colinas que lo circundan, corre mansamente como una ancha cinta de bruñida plata, o como un brillante espejo, en cuyo fondo se dibujan claramente los árboles, los peñascos, los arbustos y las flores, que embellecen aquel delicioso oasis del Anáhuac.

Allí, bajo la bóveda formada por un hermoso peñasco, que sobresale de la montaña como un pabellón caprichoso de la naturaleza, paga abundante tributo parte del torrente que, deslizándose por la sólida presa construída en la base de la colina, presenta un delicioso baño, defendido de los rayos del sol y de los vientos, brindando sus claras y transparentes linfas, dulce consuelo a las personas que anhelen mejorar en ellas sus fatigados miembros.

Enfrente, y salvando la inmensa profundidad por donde corre, en su mayor parte, el rico manantial que fecundiza aquella poética mansión, propia de las Driadas y de las Nereidas, posesión un tiempo del suntuoso rey Nezahualcoyotl, se descubre otra bellissima colina, en medio de la cual se mira una pequeña capilla, abierta en la parte que forma su elevada y natural pared, en una de cuyas anchas piedras se ve grabada la imagen del Salvador, o de la Peña, como es conocido, por haberse aparecido en ella, según la piadosa tradición que se conserva en el país.

En esta capilla, donde nada ha fabricado la criatura humana, donde todo es obra de la admirable naturaleza, y a la cual se pasa atravesando un ligero puente construído en la cima de las dos montañas, por debajo del cual corre murmurando el agua del torrente, no se puede penetrar sin caer de rodillas ante la imagen del Salvador, conmovida el alma por la generosidad, por la belleza imponente, por la sublime sencillez de cuanto la rodea y le patentiza el poder y la omnipotencia de Dios y la miseria y pequeñez de los hombres.

Es preciso haber visto esa reunión de objetos sublimes

y heterogéneos que constituyen el conjunto armonioso y sorprendente de ese pequeño edén, encerrado en un círculo de suaves y pintorescas colinas, para comprender toda la belleza que atesora.

Ellos son las divinas páginas de ese inimitable libro de la naturaleza, escritas por la prodigiosa mano del Omnipotente; el himno celestial de melodiosa rima, donde lee el hombre, en caracteres eternos y palpitantes, lo que nunca podrá escribir, lo que nunca podrá expresar, porque no es dable a su pequeñez y limitada capacidad encontrar voces que hagan perceptibles la delicada y admirable mezcla de ternura, de admiración, de asombro, de sorpresa, de respeto y placer que entraña cada emoción, cada sentimiento del alma.

Para poder expresar los afectos íntimos del corazón, se ría preciso que el hombre inventase un idioma en que pudiese dar a la palabra ese espiritualismo, esa unción, ese encanto celestial que se comunica al alma por medio de los sentidos.

El sentimiento es perfecto, como inspirado por Dios; la palabra es imperfecta, como obra de la criatura.

He aquí por qué nunca el idioma de los hombres ha podido ni podrá jamás nivelarse con aquél, ni ponerse a la altura de nuestras concepciones.

En medio del pequeño paraíso que describo, y que los viajeros contemplan absortos, el oído, el olfato y la vista, perciben de un golpe el ruido del torrente, de las hojas de los árboles, el canto de las aves, el aroma de las flores, de las hierbas, de las plantas, los distintos matices de todos los objetos: del agua, de las flotantes nubes, del transparente cielo, del refulgente sol, de la brillante luz; y mientras el alma absorta y conmovida se siente inundada a la vez por la influencia que ejercen sobre ella tantas maravillas, al intentar describirlas, la palabra desvirtúa el sentimiento; porque ninguna de ellas entraña en sí sola el significado del consorcio de emociones distintas, pero armónicas, que embriagan al contemplativo observador.

El curioso recorre contento y alegre estos sitios para satisfacer su deseo y agregar, a la relación de lo que ha visto, un objeto más con que amenizar la conversación; el creyente se estremece de asombro por la omnipotencia del Hacedor Supremo, y lo adora y lo bendice; el pintor concibe bellísimos cuadros de sublime colorido, de tintas frescas, de contornos admirables que inmortalicen su nombre; el historiador se transporta a los pasados siglos, a

la brillante época de los reyes texcocanos que, llenos de gloria y poderío, habían descansado de las fatigas del Estado en aquel mismo recinto, rodeados de sus intrépidos guerreros, o bien al lado de sus numerosas y encantadoras concubinas, de ojos negros y hechiceras formas, adornadas de brillantes perlas y de finas diademas, pendientes y brazaletes de oro; el novelista y el poeta de ardiente imaginación, encuentran aquí una fuente perenne de recuerdos históricos, retroceden a la floreciente época de los príncipes confederados, escudriñan todos los objetos, se introducen en los misterios tradicionales de aquella edad de oro; ven al ilustre Netzahualcoyotl seguido de sus favoritos, ora recorriendo con el dorado arco en una mano y la ligera flecha en la otra, aquellos deliciosos sitios, persiguiendo al tímido pájaro de brillante plumaje, que se esconde en la espesura de los árboles para salvar su vida; ora entregado a los blandos coloquios con las musas, escribiendo las sentidas poesías que el historiador Ixilochitl nos ha dejado traducidas al castellano de su real progenitor; ya paseándose triste y melancólico, a orillas de los numerosos estanques que distribuían el agua por diversos canales que cruzaban los jardines, salpicando de transparentes gotas el luciente pétalo de las fragantes flores, recordando los hechizos del primer objeto de su amor, con quien no pudo unirse por haberse enlazado en secreto la princesa que adoraba, con un joven de ilustre familia; ya, en fin, consolado, alegre y amoroso, descender por preciosas escalinatas de jaspe de fondo de la selvática quinta en que había hecho erigir pórticos y pabellones de mármol, y donde le esperaba sonriendo y cariñosa, saliendo de alguno de los poéticos baños excavados en el macizo pórfido, suelta la negra cabellera, y vertiendo aljófara los carmíneos labios, alguna de sus más hechiceras concubinas, o bien aquella seductora joven que, habiendo perdido en una batalla al anciano señor Tepechpen, a quien estaba prometida y a quien no amaba, se unió amorosa al joven y arrogante príncipe, en cuyos brazos encontró la felicidad.

La vez primera que penetré en este bellísimo recinto, mi corazón se conmovió profundamente por los recuerdos que evocaban aquellos árboles, aquellos peñascos, aquellas flores, aquella gruta, aquel torrente que encerraban la historia de los reyes y de los imperios que se habían sucedido.

Inundada mi alma de un sentimiento indefinible, tierno, religioso y grande, no pude resistir a la sublime emoción

que afectaba toda mi existencia, y me separé de los leales amigos que me acompañaban, para poder desahogar en llanto el placer que rebotaba en mi pecho, sin que ninguno de ellos sorprendiese mis lágrimas.

¡Nunca olvidaré aquel delicioso instante!

Siempre se asociarán a él los gratos nombres del ilustrado inglés don Guillermo Hay, del entendido médico don Antonio Flores y don Manuel Valle, personas todas de mi singular aprecio, que me colmaron de atenciones desde que tuve la dicha de pisar el suelo texcocano, y a las cuales me complazco en manifestarles mi eterna gratitud en estas mal trazadas líneas.

Pero si grandes son las bellezas que la naturaleza ostenta en ese mirífico vergel, que realiza los floríferos pensiles de las «Mil y una noches», y que embellecen a la hermosa Clotilde, no son menos las que presenta el arte y el buen gusto de los hombres.

Allí, a los primeros pasos, no bien penetraron en el perfumado edén que nos ocupa, dejando atrás el edificio del Molino de Flores, de donde ha tomado el nuevo nombre aquel delicioso sitio; molino que ocupa el mismo lugar en que se ostenta uno de los magníficos palacios de recreo del rey Nezahualcoyotl; pasando un ligero y pintoresco puente, por debajo del cual corre en abundancia y formando agradable murmullo, el agua, encontraron a la izquierda un risueño camino en posición ascendente, con preciosas y suaves escalinatas, y orillado en ambos lados por elegantes macetones, provistos de una llave, de donde brota en abundancia, y a una elevación considerable, el agua, describiendo un arco o bóveda, por debajo de la cual marchaban sin mojarse y admirando aquel juego hidráulico, celebrando la dicha de haber visitado uno de los puntos más poéticos que embellecen los alrededores de la antigua corte de los reyes texcocanos.

¡Lástima que esos graciosos caprichos del arte, debidos al delicado gusto y empeñoso cuidado del señor don Francisco Loria, y que eran, por decirlo así, hasta hace poco, las joyas y el elegante tocado que engalanaba la natural belleza de la emperatriz de las florestas, empiecen a verse abandonados por las personas que hoy habitan en este delicioso sitio!

Después de pasar por debajo de una bóveda de transparentes linfas, penetraron en otra de verde y bellísimo empujado, de donde cuelgan dorados racimos de dulce y

delicada uva, remedando las graciosas molduras de un techo arabesco de exquisito gusto.

Poco después, y caminando siempre bajo la sombra de los corpulentos árboles, y aspirando el aroma regalado de las flores que a uno y otro lado bordan el camino, como las perlas que orlan la rica alfombra de los suntuosos reyes de Persia, se presentó una larga y espaciosa glorieta donde tienen lugar los bailes y los banquetes en los alegres días de campo.

Desde esta glorieta, adornada por uno y otro lado de asientos de piedra, y cobijada por los elevados árboles que la custodiaban, defendiéndola de los rayos del sol, se disfruta de una de las vistas más deliciosas que pudiera concebir la mente creadora del más fecundo de los poetas.

A su espalda se levanta risueña y apacible una suave colina, formando un esmaltado jardín, adornado de pintorescos cenadores, velados con verde enramada entrelazada con azules, blancas y amarillas violetas; a sus pies, y en el descenso, hasta llegar al fondo, por donde corre entre inmensos peñascos el agua del torrente, se extiende una brillante alfombra esmaltada de encendidas rosas, en cuyos nacarados pétalos tiemblan las blancas gotas que despide el torrente, remedando un cielo de fúlgidas estrellas que compite en esplendor con la celeste bóveda en que ostenta el astro luminar del día; y por doquier que se extiende la vista se encuentran grutas, arroyos, cascadas, presas, árboles, pájaros y flores, que hacen de aquel sitio el delicioso paraíso de Mahoma.

Clotilde no pudo reprimir un suspiro que exhaló el corazón profundamente conmovido.

Aquellos sitios despertaban en ella la dulce memoria de su querido Leopoldo.

Dotada de un alma impresionable, sensitiva y tierna, los objetos exteriores ejercían sobre ella una influencia magnética que la inclinaba a la melancolía y a la meditación.

Su corazón virginal, dispuesto siempre al sentimiento y a la ternura, estaba amorosamente conmovido ante el sublime espectáculo que la rica naturaleza ostentaba en toda la plenitud de su grandeza.

—¡Cuánto hubiera gozado él aquí! —se atrevió a decir Clotilde en voz baja y armoniosa—. ¡Cuántos cuadros le hubieran inspirado estos lugares donde el aura, las flores, el agua, las aves, los peces, los árboles y el cielo están respirando amor!

—¡Es verdad —contestó Inés, velado su semblante por la tristeza y el dolor—. ¡Todo respira aquí amor! Cada objeto de los que miro, me recuerda a mi inolvidable Ricardo, al hombre que fué la esperanza de mi cariño. ¡Cuántas veces me habló de este encantado recinto, en cuyos árboles escribió, lleno de pasión, mi nombre junto al suyo! ¡Ah!, ¡y era verdad! ¡Los he visto grabados en la corteza de los fresnos que hemos dejado atrás!

Y los ojos de la hermosa Inés se cubrieron de lágrimas. Clotilde iba a contestar; pero la presencia de un hombre que bajaba de la capilla, practicada en la colina de enfrente, descendiendo hasta el fondo en que corría el torrente, enmudeció su voz y atrajo su atención.

El hombre era joven y de gallarda presencia.

Su traje era sencillo, pero elegante, y propio para montar a caballo.

Después de haber bajado hasta el puente, quedó en medio de él de pie, inmóvil y con los ojos fijos en el agua que pasaba por debajo como si estuviera entregado a serias reflexiones.

Clotilde le miraba con interés.

Parecíale que debía ser algún desdichado amante que buscaba la soledad para pensar en el objeto amado, y esta consideración era bastante para que le inspirase compasión.

Después de un momento de permanecer en aquella actitud, el joven sacó un pañuelo que se acercó a los ojos. ¿Era para enjugarse alguna lágrima de amor o de emoción ante el grandioso espectáculo de la naturaleza?

De repente alzó la cabeza para dirigir la vista a los objetos que descollaban en la cima de las colinas.

Entonces la joven pudo descubrir sus facciones, y se estremeció ligeramente.

—¿Qué tienes, hija mía?—le preguntó Inés que sintió el movimiento instantáneo de la expósita.

—¿No ve usted allí abajo, inmóvil sobre el puente, un joven?

—Sí.

—¿Y no distingue usted quién es?

—Sí; pero temo equivocarme.

—Igual cosa me pasa a mí.

—Luego crees conocerle.

—Sí.

—¿Quién es?

—¿No le parece a usted que es Núñez?

—Sin duda alguna.
 —Pero me parece imposible que él sea.
 —¿Por qué?
 —Porque yo creí que había ido a México acompañando a Leopoldo.
 —¿Y estás segura de que tu amante se ha marchado?
 —¡Cómo! —dijo Clotilde con alegría—. ¿Sabe usted que se ha quedado?
 —No; pero me llama la atención ver aquí a Núñez, y pudiera ser bien que hubiera resuelto permanecer en Texcoco otro día por visitar este delicioso sitio.
 —¡Oh! ¡Dios lo quiera! —exclamó Clotilde con el mayor afán, y dirigiendo la vista a todas partes—. Pero no le veo en ningún lado.
 —Ni yo tampoco.
 —No; es imposible que permaneciese más tiempo lejos de su anciana madre. ¡Estoy segura que se ha ido!
 —¿Pero dejando aquí a Núñez?
 —Tal vez le haya detenido algún negocio importante.
 —Si negocio importante le detuviera, no vendría a visitar el Molino de Flores.
 —Tal vez venga a tomar apuntes para algún cuadro.
 Y Clotilde y la hermosa Inés, bien ajenas de pensar que se había quedado encargado de vigilar por la suerte de la primera, se perdieron en mil conjeturas, a cual más lejana de la verdad.
 Clotilde volvió a fijar la vista en Núñez para ver si en el punto que él tenía fija la suya, descubría a Leopoldo, y se preparaba para dirigir algunas preguntas a Inés, cuando Duval se acercó a ellas con afectada galantería.
 —¿Qué cosa es la que les llama a ustedes la atención?
 —dijo enviando la vista hacia el rumbo adonde habían estado mirando.
 Inés trató de desviar la mirada de Duval del objeto verdadero, y contestó sin detenerse:
 —Estábamos admirando la poética posición de la capilla abierta en la montaña.
 —¡Oh! ¡es una cosa sorprendente! —contestó Duval, fijando los ojos en el punto mencionado por su interlocutora—. Y si no me engaño hay un hombre dentro.
 —¡Un hombre! —dijo Clotilde sorprendida, cruzando por su viva imaginación que fuese tal vez Leopoldo.
 —Sin duda. ¿No le ve usted de rodillas, rezando ante la imagen del Señor, grabada en la peña?
 La joven y la hermosa Inés fijaron la vista en el inte-

rior de la capilla, y vieron, en efecto, un hombre vestido de riguroso luto, rezando de rodillas ante el Salvador.

Clotilde miró atentamente para ver si era Leopoldo, pero el hombre estaba de espaldas hacia el sitio que ocupaban, y por lo mismo era imposible descubrir sus facciones.

Sin embargo, pensó que no podía ser él.

Hacia pocas horas que le había visto en traje de montar, y no era de creerse que hubiera mudado de vestido para ir a un sitio como aquél.

Además, Núñez estaba con la ropa de montar a caballo, como cuando le acompañaba, y no era natural que Leopoldo marchase de otra manera.

Todo esto pensaba la hechicera joven; pero a pesar de sus justas observaciones, siempre esperaba inquieta que el individuo que rezaba volviese el rostro, para ver si en efecto era Leopoldo.

—Y ese caballero no debe estar solo —añadió Duval—: es regular que haya venido acompañado de algunas otras personas. Voy a recorrer con la vista los demás sitios.

Clotilde temió que descubriese a Núñez que permanecía quieto en el mismo sitio, y miró afligida a Inés.

Esta comprendió lo que pasaba en el corazón de su protegida, y tratando de llamar la atención de Duval hacia otro sitio, para que no llegase a descubrir a Núñez, y creyese que ellas le habían citado para aquel sitio, le invitó a que se sentase.

—¿No es mejor —contestó Duval— que nos dirijamos a la capilla?

—No, no; estamos bien aquí—se apresuró a responder Clotilde, temiendo que fuese Leopoldo el hombre que estaba rezando y le descubriera.

—La oración, para las señoras —advirtió Duval—, es una cosa grata, y además, tengo curiosidad en saber quién es el devoto que con tanto recogimiento está orando.

Clotilde palideció.

Creyó que la curiosidad de Duval nacía de que hubiese creído ver en aquel hombre a Leopoldo, y esto la sobresaltó.

—¡Estoy tan débil —exclamó la afligida joven—, que no quisiera moverme de este sitio!

Inés participaba de los mismos sentimientos que su protegida, y conociendo además que para ir a la capilla era preciso pasar por el puentecillo que ocupaba Núñez, agregó:

—Ciertamente que está tan agradable este lugar, que convida a permanecer en él por más tiempo.